

P R O S A S

Por Elena PONIATOWSKA

Dibujos de VLADY

LAS LAVANDERAS

EN LA HUMEDAD gris y blanca de la mañana, las lavanderas tallan su ropa. Entre sus manos el mantel se hincha como pan a medio cocer, y de repente revienta, con mil burbujas de agua. Arriba, sólo se oye el chapoteo del aire sobre las sábanas mojadas. Y a pesar de los pequeños toldos de lámina, siento como un gran ruido de manantial. El motor de los coches que pasan en la calle llega atenuado; jamás sube completamente. La ciudad ha quedado atrás; retrocede, se pierde en el fondo de la memoria.

Las manos se inflaman, van y vienen, calladas; los dedos chatos, las uñas de piedra, duras como huesos, eternas como viejas conchas de mar. Plenas de agua, las manos se inclinan, como si fueran a dormirse, a caer sobre la funda de la



almohada. Pero no. La obstinada mirada de doña Jesusa la reclama; las recoge. Allí está el jabón, el pan de a cincuenta centavos, y la jícara morena que hace saltar el agua. Todas las lavanderas tienen el vientre humedecido de tanto recargarlo en la piedra porosa y la cintura incrustada de gotas resacas, que un buen día, estallarán.

A doña Jesusa le cuelgan cabellos grises en la nuca; Marta es la más joven —la piel restirada a reventar sobre mejillas

redondas— (su rostro es un jardín, y hay tantas líneas secretas en su mano), y, doña Matilde, la rezongona, a quien “siempre se le amontona la ropa”.

—Doña Lupe ¿por qué no había venido?

Doña Lupe deja su bulto en el borde del lavadero.

—De veras, doña Lupe, hace muchos días que no la veíamos por aquí.

Las cuatro hablan quedito. El agua las acompaña. Las cuatro inclinadas sobre su ropa, los codos paralelos, los brazos gemelos, hermanados...

—Pues ¿qué le ha pasado, Lupita?

Doña Lupe cuenta con su voz de siempre, mientras que las jícaras sorben el agua para volverla a echar sobre la piedra, con un ruido seco. Cuenta que su papá se murió —bueno, ya estaba grande—, pero era campanero, por allá por Tequisquiapan, y lo quería mucho el señor cura. Y lo querían mucho los de Tequisquiapan. Subió a tocar la de las seis como siempre, y así, sin aviso, sin darse cuenta siquiera, la campana lo tumbó de la torre para abajo. Y repite, más bajo aún, las manos llenas de espuma blanca:

—Sí. La campana lo mató.

Se quedan las tres sin movimiento bajo la huida del cielo. Doña Lupe mira hacia un punto fijo:

—Entonces, todos los del pueblo agarraron la campana y la metieron a la cárcel.

Arriba sólo se oye el chapoteo del aire sobre las sábanas.

México, 1957

LA JORNADA

CREO que lo amé desde que lo vi.

Allí estaban los otros, mirando mis piernas, mis pechos, invitándome a bailar, a tomar una copa con sus gruesas risas calientes, sus miradas oblicuas y su “cuatachería” que los llevaba a darse grandes palmadas en los hombros. Me sopesaban. Eran como abarroteros españoles que acomodan sobre el mostrador un kilo de lentejas, otro de azúcar.

Él me miró a los ojos y hubiera querido acariciármelos con mis manos. Ni siquiera se acercó y sentí que debía irme. Afuera lo tomé de la mano para caminar tantas, ¡oh tantas calles! Llegamos hasta la tierra. Cayeron las primeras gotas y la tierra se hizo potente, más negra, húmeda de lluvia. Su mano era una raíz y la mía una semilla. (No sabía que las raíces asfixian a las semillas y seguí caminando confiada.) Andamos varios años, ¡oh tantos años! Él me decía que la tierra sólo es buena cuando está herida. Y creí adivinar tras cada uno de sus gestos el cuchillo del hombre.

Ahora hemos regresado y ya no dormimos bajo la bóveda de nubes. Volvimos pasada la primavera, por encima de los árboles, trayendo a cuestras pedazos de la propia vida. Ya nada sabemos de nosotros mismos. Hemos desandado el camino.

México, 1957

AURELIA

AURELIA siempre abre el periódico en la sección de sociales y se pone a ver a las novias. Suspira. “¡Ay señorita Diana, cuándo la veré a usted así!” Examina infatigable

los rostros de cada una de las felices desposadas: "Mire, a ésta le va a ir bien!" "¡Ésta se viene fijando en otro. Ya ni la amuela!" "¡Ésta está igual de fea que yo. Todavía me quedan esperanzas!" Su charla sobre las novias es obsesiva y maligna y con sus uñas puntiagudas ("me las corto de triangulito, así se las había de limar la señorita") rasga el papel y bruscamente desaparece la nariz del novio, o la gentil contrayente queda ciega. "¡Mire, niña Diana, qué chistosos se ven ahora los novios!" (Le entra una risa larga, larga, entrecortada de pequeños gritos: "¡Hi! ¡Hi! ¡Hi! ¡Hi!" que sacude su pequeño cuerpo de arriba abajo) "¡No te rías tanto, Aurelia, que te va a dar hipo!"

A veces, Diana se pregunta por qué no se habrá casado Aurelia. Tiene un rostro agradable, los ojos negros muy hundidos, un leve bigotito negro, y una patita chueca. La sonrisa siempre a flor. Es bonita, y se baña mucho. Ha tenido cien novios. "¡No le vaya a pasar lo que a mí, que de tantos me quedé sin ninguno!" Ella misma cuenta: "Uno era decente, un ingeniero, fíjese usted. ¡Juntos nos sentábamos en el parque y a mí me daba vergüenza decirle que era mesera en la nevería y nunca se lo dije!"

Conoció al ingeniero por un *equivocado*. Su afición al teléfono la llevaba a entablar largas conversaciones: "¡No señor, está usted equivocado. Ésta no es la casa que usted busca, pero ojalá y fuera!" Todavía hoy, a los cuarenta y ocho años, sigue al acecho de los *equivocados*. Corre al teléfono con una alegría expectante: "No señor, yo no soy Laura Martínez, pero si usted quiere..."

Una día el señor ingeniero llevó a Aurelia al cine. De una butaca a la otra entablaron sus primeras conversaciones: "Oiga señorita ¿le gusta la natación?" Aurelia, tomada por sorpresa, respondió: "Pues mire usted, ingeniero, ultimadamente, a mí me gusta mi leche sin nata!" (Del "ción" no se preocupó mayormente y tampoco el ingeniero, que no la volvió a invitar.)

Durante treinta años —los mejores de su vida—, Aurelia ha sido recamarera. Sólo un domingo por semana puede asomarse a la vida de la calle, a ver a aquella gente que tiene "su" casa, su ir y venir. Ahora, ya grande, y como tanto le dicen que es de la familia, Aurelia se ha endurecido. Con su abrigo de piel de nutria heredado de la señora, y su collar de auténticas perlas, también regalo de la señora, Aurelia mangonea a las demás y se ha instituido en la única detentora de la bocina. Sin embargo su voz ya no suena como campana en el bosque y en su último *equivocado* afirmó: "No, señor, no, yo no soy Isabel Sánchez, pero ¿en qué puedo servirle?"

A UNA SEÑORITA BIEN EDUCADA PARA QUE OLVIDE A QUIEN NO LE CONVIENE

ES PREFERIBLE dejarse rodar de la cama para no empezar el día ni con el derecho ni con el otro. De dos vueltas, ya se está en el tapete. (Las señoritas suelen tener tapete.) ¿Recordar los gatos? ¡No Dios mío! Pero ¡qué gatos tan llenos de noche! ¡Cómo gritaban! La gata negra gemía despacio —letanía que avanza—, luego entrecortado y de repente rompió mil oídos. (Una noche los busqué en la azotea. Allí estaban los ojos: ojos de gato con lentas veredas amarillas que iban lejos, lejos. Comencé a caminar bajo el agua.)

Un desayuno sustancioso apacigua. Si el cuarto de baño se espesa de neblina, tanto mejor, pero ¿para qué detenerse



ante el espejo, quitarle su vapor con la mano y ver el rostro de la mañana?: "¿Soy yo?" Se recomienda salir a pisar el día con pasos de sargento, empujarlo hasta la noche, no dejar que se convierta en cadáver, porque cargarlo está muy por encima de las fuerzas de una señorita bien educada.

Después de las abluciones puede empezar a martillar por un lado, acomodar por el otro, de un arreglo floral pasar al pastel para los sobrinos (la tapicería junto a la ventana está desechada de antemano), dar cuatro vueltas a la manzana a paso redoblado (¡vuelta!) con el perro un poco sorprendido y su cálida, gran lengua rosa siempre de fuera, pero no aventurarse siquiera por la calle de los actos irreparables. ¡Atención!

A la caída del día, la luz cede conmovida, el esfuerzo es premiado. A las diez de la noche, es de tomarse en cuenta que logra conciliar un sueño reparador. Una tasita de manzanilla o de leche tibia con una pizca de valeriana resultan benéficas. La bolsa de agua caliente siempre conforta.

Ya que se está sintiendo vieja y buena y sana e irreprochable, los párpados caen pesados y comprensivos. Bajo el cuerpo dormido está la tierra con todas sus grutas, sus ríos, su fuego, su oro; esta tierra que vive cubierta de montañas que revientan la nieve, de árboles de corteza y de grietas. Éste es el momento decisivo. Sobre todo, no abra los ojos, porque la noche se mete hasta adentro y se pone a bailar en las pupilas. ¡Y de golpe, todo arde! ¡Mi amor, te quiero! ¡Mi amor, no puedo estar sin ti! ¡No puedo! Este día es estúpido e inútil. ¡Mi amor! mis cabellos están tristes, y los tuyos de tan negros son azules, y tan tiernos y tan míos en tu nuca! ¡No puedo vivir así!

Para defenderla, señorita bien educada, sólo tiene la fragilidad de la almohada.